ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

ENTREGA A CUENTA

De un 18 de enero a un 6 de febrero, separados por cuarenta y nueve años apenas, cabe la existencia asenderada del mayor lírico de dos continentes en los tiempos modernos. Un final y un comienzo cuyo retorno jubilar —los cincuenta años, el siglo entero— recurren en el año que quedó atrás y el que ahora emprendió su andadura, doble efemérides festejada a concierto por toda la gente hispánica y que debiera tener particular acento en esta Barcelona que él saludara con frases cual no se oyeron desde las tan laudatorias de Cervantes. Aunque, en verdad, las tengamos poco o nada sabidas: «Sano y robusto es este pueblo desde los tiempos antiguos. Sus hijos son naturales y simples, llenos de la vivaz sangre que les da su tierra fecunda. Su mujeres, de firmes pechos opulentos, de ojos magníficos, de ricas cabelleras, de flancos potentes; el paisaje campestre, la costa, la luz, todo es de una excelencia homérica. Ellos han erizado su tierra de chimeneas, han puesto por todas partes los corazones de las fábricas. Tienen buena mente y lengua, poetas y artistas de primer orden; pero están ricamente provistos de ingenieros industriales». Etcétera. El saludo de Rubén Darío.

Devuelto por el Nuevo Mundo al nuestro, a cuatro siglos exactos del descubrimiento, en esta ciudad afincara de haberse conseguido al relevante empleo que, en la Trasantlántica, interesó (por sugestión de un personaje tan ligado a Barcelona como el poeta y político de la oposición, Núñez de Arce) el propio Cánovas. No hubo tal, y el mozo Rubén volvió a su peregrinaje americano. Mas al consumarse la liquidación de las Españas, no otro fue el elegido por el órgano bonaerense «La Nación» para tomar el pulso de la madre patria. Y Barcelona el puerto de arribada, año nuevo de 1899. Su primer andar español, por las Ramblas; primera estación, la cerveceria «Els Quatre Gats»; la crónica inaugural —y que, desde París, encabezará el volumen «España contemporánea»—, aquélla cabalmente en que se contienen las frases arriba transcritas. Con otras, que en el concierto hispánico inauguran un lenguaje en todo opuesto al prodigado en torneos floralescos y académicos simposios.

Un lenguaje realista que acaso explique por qué precisamente en el suburbio, en la fabril San Andrés, radica —con las de Concepción Arenal, Bartrina, Sócrates —la calle dedicada a Rubén Darío. Pues al tiempo que políticos y escritores de por acá lloraban las amarguras del país, cuando no escapando por el género chico y la marcha de Cádiz, una voz de las antiguas hijas había de ser la que diera, en llegando, el exacto diagnóstico: «Que esta tierra de trabajadores, de honradez artesana y de vanidad heróica esté siempre de pie manifestando su musculatura y su empuje, no es extraño; y que el desnivel causante de la sorda amenaza, que hoy va por el corazón de la tierra formando el terremoto de mañana, haya provocado aquí, más que en parte alguna, la actitud de las clases laboriosas que comprenden la aproximación de un universal cambio, no es sino un hecho que se impone por su ley lógica». Una voz de treinta años y conceptos vertidos en 1899, no se olvide.

Barcelonés de elección, aquí Darío hizo parada en cada uno de sus incontables desplazamientos para y desde América, de París o Madrid a Málaga y Palma, del invierno mallorquín al verano astur. Aquí los varaderos para la amistad, «Els Quatre Gats» y Peius Gener, «La Punyalada» o el «Cau Ferrat» y Rusiñol, la «Maison Dorée» y su paisano y valedor Osvaldo Bazil; la resonante lectura del «Canto a la Argentina» en el Ateneo, la pleitesía de los Rubió y Lluch, Rahola, Corominas, Vehils, Santos Oliver, Marquina, Ors, Maseras, Pérez Jorba, Sagarra; los tratos editoriales, las colaboraciones a su revista «Mundial Magazine». Barcelonés con casa puesta (aquella «torreta de sastre» en «Els Penitents, a un tiro de piedra del que, años antes, fue refugio de otro gran poeta hispánico), cuando al cabo de quebrantos mil le quedaban sólo los giros de «La Nación» y los zarpazos del «delirium tremens». Y el amoroso e inquebrantable valimiento de la Paca, «Francisca Sánchez, acompáñame». De esa casita de la calle de Tiziano salió un 23 de mayo para instituir universal heredera a Francisca «la cual me ha acompañado durante toda mi vida, hasta hoy». Inconsciente y con engaño, de esa misma casa le sacarían cinco meses después; para embarcarle en el «Vicente López», para el viaje postrero. Desde la Barcelona de su arribada era devuelto al Nuevo Mundo. A la muerte.

Muchas olas han ido y venido desde aquel primer otoño de la gran guerra. Ahora, en el centenario de Rubén, la gran encantadora se dispone a rendirle condigno homenaje. Sin perjuicio del que en fechas próximas se le tribute desde este periódico —primero entre los españoles, que lloró su muerte—, quieren las presentes páginas adelantar nuestra adhesión, una contribución de urgencia a la efemérides. A una celebración que de tan cerca nos toca. — M.

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE RUBEN DARIO

RUISEÑOR DE LOS MARES, JARDINERO DE HESPERIA

El imperio de la costumbre puede tanto, que en lo más mínimo nos llega a sorprender un hecho que en cualquier otra literatura pareciera incongruente: entiéndase, que en el nóvero de sus poetas incluyesen uno, extranjero por nación y padre, casi diría, de aquella su poesía nacional. Es lo que viene sucediendo con el nicaragüense Rubén Darío, presente en un sinfín de antologías españolas, desde la que a comienzos de siglo —«La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas»— alzó Emilio Carrére contra los Manuel del Palacio, Ferrari, Echegaray y otros tales hasta la fundamental de Gerardo Diego, treinta años hace, desde el precioso «Sonetos españoles» aprontado por el fino oriente de Solervicens, ya en la posguerra, hasta ahora mismo. Y no se diga que tan sostenida actitud se explica tratándose de una lengua sola, en Centroamérica y aquí. Una misma lengua es la de Perú, Chile, Cuba, Méjico, pero a nadie, que yo sepa, en casos análogos se le ha ocurrido incluir, con los nuestros, a Vallejo, Neruda, Nicolás Guillén u Octavio Paz, pongo por ejemplo de grandes poetas y que mayor comercio mantuvieron con los de acá, influyéndoles no poco, muy en especial los dos primeros. Ni tampoco se me antoja razón bastante la discutible aseveración —ahí del malagueño Rueda, a discutirlo— de que Rubén fuera quien trajo las gallinas, que también, a su modo, las trajeron Neruda y Vallejo —y Vicente Huidobro, antes—, sin ganarse semejante trato de favor. Hispanos todos, amigos y cofrades muchos, pero cada quien en su marco regional —chileno, peruano— o, cuando más, englobados en la gran familia de la poesía hispanoamericana.

Darío, no. Aprendiz de sastre, aduanero, preceptor, secretario, galopín de biblioteca, periodista, estudiante y poeta siempre, a todo lo ancho y lo largo de ambas Américas; representante diplomático o consular y negociador. en nombre de su propio país, de Colombia o Paraguay; paradigma del criollismo americano, mestizo donde los hubiere; sin embargo, nuestro hombre no olvidó jamás que el espaldarazo crítico le llegó de España, muy antes de cruzar el charco. Fue la curiosidad de informado diplomático y fino catador literario de don Juan Valera, dedicando en «El Imparcial», año de 1888, dos encomiásticos artículos al rubeniano «Azul», a contadas fechas de su publicación en Valparaíso; artículos que —valga el caso— le abrirían las puertas de «La Nación» (que él a su vez las procuraría de par en par abiertas, más tarde, para Unamuno y otros insignes españoles) en su deambular interamericano, por Europa después.

No extrañe, pues, que al poner pie en España, antes que a los poetas que le saldrían discípulos, previamente al trato de sus coetáneos, los que serán los oficiantes de 98 y Modernismo, será agasajado por los eruditos, por los «inmortales», Valera y doña Emilia, pero también don Marcelino o don Antonio Rubió, Castelar y Cánovas, él, un mozo de recién cumplidos veinticinco años. Viene al hontanar de su idioma, al solar que aireó los cientos de octavas y romances, de tanto poema y teatro y místicos como tiene en el puño, que alimentó su incomparable sentido musical, y por su gusto no lo abandonara. La vida le impone otros derroteros, más luego vuelve, en plena reacción antiyanqui, doliéndole la madrepatria en los entresijos del alma. Y en adelante, aunque le tire el París de sus placeres, y sus ingresos; bien que vaya como lanzadera, a caza de recursos siempre en inestable equilibrio, de una a otra banda del mar, España será su centro, su dolencia y ventura. Con el boato de jefe de misión o en la estrechura de Claudio Coello, en la villa de El Terreno y el ascetismo de Valldemosa, petardeando en San Juan de la Arena, eufórico por las Andalucías, en las zapatiestas de Can Gomis, no importa. «Yo siempre fui, por alma y por cabeza (dirá en «Baladas y canciones») español de conciencia, obra y deseo, y yo nada concibo, y nada veo, sino español por mi naturaleza. Con la España que acaba y la que empieza, canto y auguro, profetizo y creo...»

Con la España que acaba y la que empieza, precisamente. Que en ese momento cardinal se sitúa la presencia de Rubén entre nosotros. «Jamás un poeta de allá —dígase con Gerardo— se incorporó con tan total fortuna a la evolución de nuestra poesía patria, ejerciendo sobre los poetas de dos generaciones un influjo directo, magistral, liberador, que elevó considerablemente el nivel de las ambiciones poéticas y enseñó a desentumecer, airear y teñir de insólitos matices vocabulario, expresión y ritmo». No sólo un poeta, téngase por seguro, ni sólo para ventaja de los poetas, el vocabulario y la música.

De España, y desde el augural 1899, fue su sentimiento de hogar, el amor verdadero de su vida, Francisca-pueblo. De aquí la «Oda a Roosevelt» y la «Salutación del optimista»; pero también el «Eheu», «La cartuja», «A Phocas el campesino», «Epístola a madame Lugones», «Lo fatal». ¿A qué seguir? Toda la obra importante de Darío: «Cantos de vida y esperanza», «El canto errante», «Poemas de otoño», «El canto a la Argentina», si excluyes «Azul» y «Prosas profanas» en sus primeras ediciones, aquí se preparó y publicó, en Madrid o Barcelona. El verso, como la prosa. Y las primeras antologías, desde la preciosa selección que en tres tomos dio la madrileña Corona; las tres o cuatro ediciones de su ópera omnia, la poesía póstuma, las obras poéticas completas; la «Autobiografía», la «Historia de mis libros». Rubén, arranque de una era poética, innovador y enlace, sillar de una restauración igualmente flórida a ambos lados del océano. Infundiendo insospechada ductilidad al instrumento idiomático, instaurando formas, enriqueciendo nuestra sensibilidad, actualizando preteridas lecciones, activando aciertos. Desde España, desde lo español, y los demás disimulen. Como disimulan tantos que —o acaso sin saberlo— bebieron en sus linfas, donde afectaban desdeñarlo. Algún día habrá que intentar las filiaciones rubenianas de tantos que hoy están justamente en candelero, tenidos en olor de magisterio. Y apurar como el peldaño Rubén, el pedal Rubén, cuenta (por el torcedor de Juan Ramón y los Machado, si queréis) en la nueva vigencia de Bécquer, de Gil Vicente, está en el arranque del neopopularismo y aún de acuciantes modas posteriores.

Dos voces españolas, no en vano, tejieron su mejor elogio fúnebre. «Sí. Se le ha entrado/a América su ruiseñor errante/en el corazón plácido. ¡Silencio!/Sí. Se le ha entrado/a América en el pecho/su propio corazón». En el juanramoniano «Diario de un poeta recién casado», notoriamente. Y la otra, la de don Antonio: «Si era toda en tu verso la armonía del mundo,/ ¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?/Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,/corazón asombrado de la música astral,/¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno/y con las nuevas rosas triunfante volverás?...». Exquisitamente rubenianas, una y otra. Soberbiamente españolas.

Juan Ramón MASOLIVER

Rubén Darío en la época en que hizo su último viaje a España

MESA DE REDACCION

EL PREMIO BIBLIOTECA BREVE

Modificada la fecha de concesión, que en adelante será el primero de marzo, se convoca por novena vez este premio (100.000 pesetas, que cubren una primera edición de 10.000 ejemplares y 12 % sobre ulteriores ventas) idóneo para novela inédita, 300 o más folios mecanografiados, en cualquiera de las lenguas romances —o sus variantes— habladas en la Península y cuyo contenido, técnica y estilo respondan a las exigencias de nuestro tiempo. Componen el jurado calificador: Castellet, Salvador Clotas García Hortelano Vargas Llosa y el editor Barral. Antes de fin de mes, con expresión de nombre y domicilio de autor, remítanse en duplicado ejemplar a Editorial Seix Barral (Provenza, 218, Barcelona, 8). Entre los anteriores galardonados figuran, como se recordará, Luis Goytisolo, García Hortelano, Caballero Bonald, Vargas Llosa y el barcelonés Juan Marsé.

MURIO EL «JOVEN POETA»

Para los amigos de la poesía, el joven poeta —por antonomasia— es Franz Xaver Kappus, quien durante cinco o seis años, a comienzos de siglo, fue el destinatario de los hermosos textos de Rainer María Rilke reunidos, luego, bajo el título «Cartas a un joven poeta». No deja de ser curioso que, al comienzo de aquella correspondencia, el propio autor del «Malte Laurids Bridgge» no había cumplido los veintiocho años. Kappus, por entonces cadete en Potsdam, e instalado en Berlín al término de la guerra del 14, en realidad hizo carrera de novelista. Un poeta, ya se ve, sólo sobre el papel. Y en cuanto a joven... ha muerto en su ciudad, ochentón, al comenzar el año. Cabalmente —último dato curioso— cuando el mundo entero conmemora los cuarenta años de la muerte de quien le aseguró un nombre perdurable, si bajo mentida especie.

AYUDA A FLORENCIA

Entre las fotografías impresionantes de la dramática inundación de la ciudad del Arno, hubo una que despertó sobremanera el emocionado sentido de solidaridad entre los lectores de un popular diario londinense. Un verdadero aluvión —apenas inferior al del Arno— de donativos y súplicas llovió sobre el periódico, desde el primer momento «Por favor, ¡salvadlo!». Y venga libras y chelines: el equivalente a 200.000 pesetas, que tomaron la vía más rápida para Florencia. Olvidábamos decir que en la foto no era cuestión del Cimabúe destruido o los machacados relieves del Baptisterio, sino de Jim, un pobre perro que las aguas habían dejado aislado en una casucha. Claro está que, cuando la colecta, el buen can ya estaba sano y salvo; pero el donativo aprovechó —como agua de mayo— a la Protectora de animales florentina. Como por entonces decía el alcalde de Florencia, el veterano historiador del arte Piero Bargellini: «No mandéis cortejos ministeriales, mandad dinero.»